

ESCRITORES ANTE LA REVOLUCIÓN SOVIÉTICA: ALGUNAS CALAS RELEVANTES

José Domingo DUEÑAS LORENTE*
Universidad de Zaragoza

RESUMEN: Se revisan en este trabajo algunas de las consecuencias más directas que la Revolución rusa tuvo en las letras españolas. En los años veinte y treinta, escritores, periodistas e intelectuales españoles y europeos acudieron masivamente a la Unión Soviética con el propósito de dar cuenta de la nueva sociedad que se construía por primera vez como gran alternativa al capitalismo. Las imágenes que se plasmaban de la nueva Rusia no solo dependían de la ideología de los visitantes, sino también del momento que atravesaba el país e incluso de la teoría acerca del arte y la literatura que se defendía en cada momento desde el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Aquí se revisan los testimonios de Ángel Pestaña, Ramón J. Sender y André Gide tras sus respectivos viajes al país. Asimismo se da cuenta de los avatares de otros escritores, como John Dos Passos, George Orwell o Rafael Alberti, ante la Revolución Bolchevique. Por último, se trata de situar en un contexto actual los casos de aquellos intelectuales que se apartaron del comunismo soviético, aunque no por ello cayeron en los brazos del conservadurismo ideológico.

PALABRAS CLAVE: Revolución Bolchevique. Literatura. Viajeros españoles a la Unión Soviética. Comunismo. Anticomunismo.

ABSTRACT: This work reviews some of the most direct consequences that the Russian Revolution had on Spanish literature. In the nineteen twenties and thirties Spanish and European writers, journalists and intellectuals flocked to the Soviet Union to report on the new society being built for the first time as the great alternative to capitalism. The images of this new Russia reflected by these visitors not only depended on their ideology but also on the times the country was experiencing and, indeed, on the theory on art and literature upheld by the Communist Party of the Soviet Union (CPSU). This work reviews the testimonies of Ángel Pestaña, Ramón J. Sender and André Gide following their respective trips to the country and recounts the vicissitudes experienced by other writers such as John Dos Passos, George Orwell or Rafael Alberti in the light of the Bolshevik Revolution. Finally, the work puts into a current context the case of those intellectuals who turned away from Soviet communism although without embracing ideological conservatism.

* jduenas@unizar.es

KEYWORDS: Bolshevik Revolution. Literature. Spanish travellers to the Soviet Union. Communism. Anti-communism.

RÉSUMÉ : Cet article revoit certaines des conséquences les plus directes de la Révolution russe sur les lettres espagnoles. Dans les années vingt et trente, écrivains, journalistes et intellectuels espagnols et européens se rendirent massivement en Union Soviétique afin de rendre compte de la nouvelle société qui se construisait pour la première fois comme une grande alternative au capitalisme. Les images qui étaient reflétées de la nouvelle Russie dépendaient non seulement de l'idéologie des visiteurs mais aussi du moment que le pays traversait voire de la théorie sur l'art et la littérature défendue à ce moment par le Parti Communiste de l'Union Soviétique (PCUS). Cet ouvrage revoit les témoignages d'Ángel Pestaña, Ramón J. Sender et André Gide après leurs voyages respectifs dans ce pays. De même, il est fait état des avatars d'autres écrivains comme John Dos Passos, George Orwell ou Rafael Alberti, face à la Révolution bolchévique. Enfin, il s'agit de situer dans un contexte actuel les cas de ces intellectuels qui s'éloignèrent du communisme soviétique même s'ils ne tombèrent pas pour autant dans les bras du conservatisme idéologique.

MOTS CLÉS : Révolution bolchevique. Littérature. Voyageurs espagnols en Union Soviétique. Communisme. Anticommunisme.

Evidentemente, en cualquier época literatura y poder mantienen estrechas y variadas relaciones. Las obras literarias no surgen por lo general desde una posición política neutra o desinteresada, pero menos en periodos de convulsión social. Así, es paradigmático en este sentido el primer tercio del siglo XX en España. Como bien se sabe, el país no participó en la I Guerra Mundial (1914-1918), aunque vivió de manera intensa el debate ideológico entre aliadófilos y germanófilos. Incluso algunos periódicos españoles fueron financiados por los países en pugna y, en cualquier caso, los acontecimientos bélicos provocaron que la prensa española se modernizara de manera acelerada hasta conceder a la información de los acontecimientos un lugar más relevante que a la opinión sobre ellos y, en consecuencia, homologarse en lo fundamental con los periódicos europeos. Ya en 1923 Manuel Azaña consideraba que los nuevos tiempos que vivía el país derivaban propiamente de la reciente guerra mundial, hasta percibir «una conexión increíble con el resto del mundo»:

Mientras España vivió de los resultados de sus guerras coloniales, la fraseología política se impregnaba de costismo. Otros son los problemas de nuestra edad, que vive de los resultados de la gran guerra, y nos descubre una conexión increíble con el resto del mundo. (Azaña, 1923: 259)

El año 1917 es considerado crucial en la toma de conciencia de la clase obrera en España (Tuñón de Lara, 1982), un momento en que un cúmulo de circunstancias provocó una profunda crisis política: la huelga general revolucionaria de agosto, la convocatoria de la Asamblea de Parlamentarios en Barcelona, donde se reunieron diputados de izquierda y algunos liberales al margen del Congreso, y la creación de las Juntas Militares de Defensa como sindicato castrense significaron un desafío de calado al Estado, que trató de afrontarlo mediante la designación de un Gobierno de concentración presidido por el liberal García Prieto. Por otra parte, la neutralidad en la contienda se tradujo pronto en un acelerado incremento de la producción y de los

beneficios económicos. Por este cúmulo de circunstancias, los historiadores han denominado el periodo de 1917 a 1920 en España *Trienio Bolchevique*.

En julio de 1921 tuvo lugar el llamado *desastre de Annual*, flagrante derrota en la guerra de Marruecos que se saldó con más de ocho mil bajas entre muertos y desaparecidos y que pronto se convirtió en el gran argumento de las fuerzas de izquierda contra el Ejército, el Estado y la propia monarquía. La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), acaecida con el consentimiento de Alfonso XIII, vino a interrumpir el debate parlamentario que, a partir del *Expediente Picasso*, se debía iniciar en fechas próximas en torno a las responsabilidades de la derrota. Cuando cesó el dictador, a principios de 1930, resurge con gran resonancia la reclamación de responsabilidades políticas por la guerra de Marruecos, hasta el punto de que este es posiblemente el principal argumento que conduce a que las candidaturas republicanas ganen en las grandes ciudades las elecciones municipales del 12 de abril y que, en consecuencia, caiga la Monarquía y se proclame la II República española dos días después.

No hay que olvidar que en Rusia uno de los principales factores del triunfo bolchevique fue su decidida defensa de la paz en la guerra mundial, de manera que el país soviético abandonó la contienda meses antes de su conclusión. La participación en la guerra había significado poco antes un crucial desgaste del régimen de los zares, ya débil y sobre todo alejado de la penosa subsistencia que padecía buena parte del pueblo ruso (Casanova, 2017).

En España, el proceso político que conduce a la II República lleva consigo una progresiva toma de conciencia social de las letras que culmina en la década de los treinta. Evidentemente, los acontecimientos internacionales suponen un impulso decisivo en este proceso de politización de la literatura y de compromiso explícito de muchos escritores (Aznar, 1987). La crisis generalizada de las democracias liberales tras la Gran Guerra condujo a que solo cinco países europeos —Gran Bretaña, Finlandia, Irlanda, Suecia y Suiza— mantuvieran sin interrupciones los sistemas democráticos en el periodo de entreguerras:

De todos los acontecimientos de esta era de las catástrofes, el que mayormente impresionó a los supervivientes del siglo XIX fue el hundimiento de los valores e instituciones de la civilización liberal cuyo progreso se daba por sentado en aquel siglo, al menos en las zonas del mundo «avanzadas» y en las que estaban avanzando. Esos valores implicaban el rechazo de la dictadura y del gobierno autoritario, el respeto del sistema constitucional con gobiernos libremente elegidos y asambleas representativas que garantizaban el imperio de la ley. (Hobsbawm, 1995: 117-118)

Excepto la Rusia soviética, en 1920 todos los Estados europeos se regían por sistemas representativos. En 1922 accede Mussolini al poder en Italia; en enero de 1933 llega Hitler a la cancillería alemana. Con todo, si en 1920 había treinta y cinco Gobiernos constitucionales en el mundo, en 1944 se habían reducido a una docena aproximadamente, y hay que recordar que tal amenaza a las instituciones liberales provino únicamente de posiciones políticas de la derecha (*ibidem*, pp. 118-119), si

bien es fácil deducir que la instauración del comunismo en Rusia indujo a adoptar posiciones conservadoras en otros países ante el creciente protagonismo de las masas, otro rasgo característico de aquellos años.

Con todo, desde finales de los años veinte y principios de los treinta el mundo occidental padeció una polarización progresiva entre dos grandes opciones ideológicas, fascismo y antifascismo, términos que se concretaban a menudo en dos modelos políticos, Alemania y la URSS, de modo que la mencionada oposición se asoció con frecuencia a fascismo y comunismo. Así, las artes y las letras difícilmente podían sustraerse a un clima general que tiznaba todos los aspectos de la vida.

REVOLUCIÓN Y LITERATURA

La Revolución Bolchevique ha sido un fenómeno de consecuencias tan vastas y prolongadas en el campo del arte y de la literatura que hace difícil todavía una visión panorámica. Hay, evidentemente, infinidad de estudios de carácter parcial centrados en autores, procesos o momentos, y sobre todo un número incalculable de obras que abordan de una manera u otra el fenómeno revolucionario y sus consecuencias políticas, artísticas, literarias, etcétera. En cuanto al tratamiento literario de la Revolución soviética, nuestra intención es detenernos en algunos autores y algunos títulos a modo de calas significativas, con el objeto de apuntar una visión, si no de conjunto, al menos representativa de lo que ha supuesto la Revolución de Octubre en el campo de las letras españolas.

No se olvide, por otra parte, que la letra impresa en libros, folletos o periódicos fue entonces el principal modo de difusión de la revolución en otros países. Hasta los primeros años veinte no emite la radio de forma estable; la primera película de cine sonoro es de 1927; los primeros ensayos sobre televisión tienen lugar en los años veinte, pero su comercialización generalizada en los países occidentales no se produce hasta los cincuenta. Por otra parte, en los primeros años los dirigentes rusos conceden a la revolución una expresa dimensión mundial, que queda sofocada más tarde, en la época de Stalin, a tenor sobre todo de las circunstancias internacionales (Hobsbawn, 1995: 117).

Especialmente en los años veinte y treinta fueron centenares los viajeros occidentales empeñados en conocer de cerca la nueva sociedad soviética con la idea de poner por escrito sus impresiones y de darlas a la luz después en los países de origen en forma de crónicas, reportajes, informes, folletos, libros. Paul Hollander habló de «peregrinajes políticos» (cit. por Cruz, 1999: 24) para referirse a los viajes de los intelectuales a Rusia, Cuba o China. Giménez Caballero se refirió con ironía a estos casos como «romerías a Rusia» (Mainer, 2017: 14). Ya Juan Avilés (1999) tuvo en cuenta muchos de estos testimonios para ilustrar las relaciones entre la Revolución Bolchevique y la política española entre 1917 y 1931. Y recientemente Andreu Navarra (2016) ha revisado de manera exhaustiva los escritos de los viajeros españoles a

Rusia desde antes de la revolución y hasta 1990, justo, pues, el momento en que la URSS deja de existir como tal (1991).

No cabe duda de que, como apuntaba Rafael Cruz (1999: 24-25), el conocimiento de la realidad soviética al que podían acceder los viajeros contaba por lo general con importantes limitaciones, las más evidentes el desconocimiento de la lengua y las estancias de corta duración, a las que se sumaban las estrategias de hospitalidad por parte de los responsables de turno, encaminadas a conceder relevancia social a los visitantes y a mostrarles los aspectos de la nueva sociedad que mejor podían servir a sus fines propagandísticos. Los casos extremos de este procedimiento son conocidos con el nombre de *síndrome de Potemkin*, ministro que mandaba cubrir con decorados palaciegos las fachadas de las casas pobres por donde pasaba Catalina la Grande en sus viajes por Rusia. El propio Hergé comparó, a través de su personaje Tintín, estos decorados engañosos con las tácticas encubridoras de los sóviets (Cruz, 1999: 25).

Como es evidente, los informes ofrecen imágenes y conclusiones muy diferentes entre sí y con frecuencia contradictorias, en función no solo de la ideología de los visitantes, sino también del momento que atravesaba el país. Poco después del golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917, Rusia se desangra en una guerra civil de tres años (1918-1921) a la que se añade la incursión militar en Polonia a lo largo de seis meses en 1920. En 1918 fue asesinada toda la familia del zar, incluidos sus hijos, lo que añadió tintes radicales a los acontecimientos en el ámbito internacional. En 1919 Lenin creaba la III Internacional, abierta a todos los socialistas del mundo. Tanto a principios de los años veinte como de los treinta las malas cosechas provocaron grandes hambrunas que adquirieron resonancia mundial. En 1921 se ponía en marcha la Nueva Política Económica (NEP), que restableció el comercio privado y acabó con las expropiaciones forzosas de los excedentes agrícolas, con lo que se recuperaron los niveles de producción y consumo anteriores a la guerra; sin embargo, en 1928 el XV Congreso del Partido Bolchevique decretaba la colectivización forzosa de la tierra y establecía el primer plan quinquenal en la industria. La exportación de productos agrícolas permitía dedicar nuevas inversiones a la industrialización, el mayor emblema productivo del sistema soviético, como bien se sabe, basado en jornadas laborales amplísimas.

En el plano político, en 1922 Stalin es elegido secretario general del Partido Comunista. Más tarde el propio Lenin, ya enfermo, decide revocar esta designación, pero Stalin intercepta el escrito con la rectificación de Lenin, por lo que la orden no llega a su destino, el IV Congreso de la Internacional Comunista, donde a finales de 1922 se constituye la URSS. A principios de 1924 muere Lenin. Una vez asentado Stalin en el poder caen pronto en desgracia sus rivales más próximos, como Zinoviev o Trotski. Este último tiene que dimitir ya en 1925 como comisario de Guerra, y también por entonces Zinoviev pierde la presidencia de la Internacional Comunista (IC). En 1927 ambos son expulsados del Partido Comunista; en 1928 Trotski es deportado a Almá Atá y en 1929 desterrado de la URSS. Juan Avilés comprobó que

las intrigas políticas de la URSS llegaban a España de manera parcial y confusa, de modo que incluso los periódicos mejor informados eran incapaces de interpretarlas en sentido recto. Así, cuando en el XIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado en diciembre de 1925, triunfó la mayoría del Comité Central encabezada por Stalin frente a Zinoviev y Kamenev, *El Sol* entendía que había ganado la «descomunización del comunismo ruso» (Avilés, 1999: 278).

En la década de los treinta Stalin acentúa estrategias sistemáticas de represión y terror. Desde 1935 se incrementan las deportaciones a Siberia y entre 1936 y 1938 el estalinismo practica grandes purgas en las que pierden la vida muchos de los colaboradores más próximos al poder. Las acusaciones de trotskismo, de oposición a la revolución y de espionaje fueron las más habituales para justificar el asesinato.

Los años del estalinismo (1924-1953) fueron conocidos por los historiadores soviéticos como los de la *construcción del socialismo*, que en palabras de Mira Milosevich (2017: 53) fue

una mezcla de edificación eufórica de fábricas gigantescas, industrialización a marchas forzadas, *colectivización* (transformación de aldeas en granjas colectivas), *deskulakización* (exterminio de los campesinos ricos), las purgas, acrecentadas durante el Gran Terror y la conversión gradual del ciudadano en *homo sovieticus*, paradigma de la refundación de la condición humana.

En 1939 se firma el pacto germano-soviético de no agresión, que es entendido por muchos intelectuales y simpatizantes del país soviético como una traición al discurso antifascista inmediatamente anterior. En 1940 es asesinado Trotski en México. La participación y el triunfo de la URSS, junto con las fuerzas aliadas, en la II Guerra Mundial concede al régimen de Stalin un periodo de reconocimiento internacional, de manera que en la época de la llamada *guerra fría* el país soviético se convierte de nuevo en el referente más firme de la izquierda frente al capitalismo representado por los Estados Unidos. En 1953 muere Stalin, y su sucesor, Nikita Jrushchov (1894-1971), propone una tímida revisión crítica de la época anterior.

Desde los primeros momentos del triunfo revolucionario se debatió acerca del arte y la literatura que podían resultar más acordes con las nuevas circunstancias. Durante años se mantuvieron debates y polémicas en torno a si el arte y la literatura proletarias debían sustituir por completo al arte burgués o si ambos podían convivir al menos de manera transitoria, y también sobre si los movimientos vanguardistas estaban o no en sintonía con el nuevo momento revolucionario, si la literatura y el arte debían someterse a las directrices del Partido, etcétera. Tempranamente el movimiento Proletkult defendió la necesidad de construir un arte y una literatura proletarias, como expresiones del *hombre nuevo* que había de surgir desde la revolución socialista, si bien al mismo tiempo fomentó la creación de vanguardia a partir de premisas críticas con el capitalismo (Cruz, 1999: 28-29).

El propio Lenin contribuyó a que los postulados del Proletkult resultaran pronto superados. Lenin sostenía que la revolución cultural requería de mayor tiempo

que la política, de modo que no cabía esperar de manera inmediata un arte o una literatura proletarias. Esta amplitud de planteamientos hizo posible que durante la década de los veinte la URSS participara activamente en la creación vanguardista característica de aquellos años. Sin embargo, en 1928 el XV Congreso del Partido Bolchevique fomenta el rechazo de las actividades burguesas, propone el primer plan quinquenal para la industria, decreta la colectivización de la tierra y defiende un arte expresamente proletaria, de manera que las manifestaciones de vanguardia fueron rechazadas como *burguesas* o *antiproletarias*. Surge un nuevo sector intelectual fiel al Partido que arrincona o expulsa a los escritores y los intelectuales anteriores y se constituye la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP), organismo que pretendía encauzar la nueva literatura y que contó con secciones equivalentes en otros países (Cruz, 1999: 30-31). Sin embargo, en abril de 1932 el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) publicó una resolución mediante la que se disolvían las organizaciones de escritores proletarios, se criticaba duramente la actuación de la RAPP y se sostenía que no cabía un arte o una literatura de clase, *proletaria*, cuando en la URSS se había logrado ya una sociedad sin clases.

En consecuencia, Stalin optó por la denominación de *realismo socialista* para designar la nueva creación soviética (Gallas, 1977: 50-53). Al mismo tiempo, el Comité Central del PCUS lanzaba consignas que recomendaban respetar a los «compañeros de viaje» con sus diferencias y aconsejaban tolerancia con «las formas ideológicas en transformación» (Montero, 1977: xxiv). El creciente prestigio que en aquellos momentos tenía Gorki, que atravesó por otra parte situaciones muy distintas con respecto al poder soviético, favoreció esta mayor apertura de miras. Se constituyó la Unión de Escritores Soviéticos ya en 1932, y en 1934, en su primer congreso, fue aprobada por muy amplia mayoría la nueva fórmula de «realismo socialista», que se materializaba como «realismo en la forma y socialismo en el contenido» (Aznar, 1987: 40-41). El congreso estuvo presidido por Gorki, y en él Andréi Zhdánov, en nombre del Partido, defendió la nueva propuesta creadora ante los escritores, a quienes les proponía «ser ingenieros de almas» (cit. *ibidem*, p. 42):

Ser ingenieros de almas quiere decir luchar activamente por un lenguaje rico, por obras de calidad. Nuestra literatura no responde todavía a las necesidades de nuestra época [...]. Decimos que el realismo socialista es el método fundamental de la literatura y de la crítica literaria soviéticas, pero esto supone que el romanticismo revolucionario debe integrar la creación literaria como una de sus partes constitutivas, porque toda la vida de nuestro partido, toda la vida de la clase obrera y su combate consisten en unir el trabajo práctico más severo, más razonado, al heroísmo y a las perspectivas grandiosas.

Con todo, y a pesar de la aparente amplitud de los nuevos parámetros, a juicio de Aznar (1987: 42) «se consumaba un error de vastas proporciones históricas, que suponía la intromisión del Partido en el terreno artístico, contrariando la lúcida advertencia de Trotski en sentido adverso». Consecuencia de la aprobación solemne del realismo socialista fue el estrechamiento del cerco de las creaciones de vanguardia.

En Europa, ya en 1932 se habían constituido diversas asociaciones de escritores y artistas revolucionarios. Con su respaldo nacen en julio de 1933 las revistas

Commune —en Francia—, cuyo principal representante fue Henri Barbusse, y *Octubre* —en España—, bajo la dirección de Rafael Alberti y María Teresa León. También en el verano de 1933 la República española reconoce finalmente a la Unión Soviética. Poco antes, en abril de ese mismo año, se había constituido en Madrid la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, cuyo manifiesto fundacional firmaron Ramón J. Sender, Luis Salinas, Joaquín Arderíus, Federico García Lorca, Juan Negrín, etcétera. Más tarde, en 1935, se constituyó la Alianza de los Intelectuales para la Defensa de la Cultura, bajo el amparo del Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura, que se celebró en París ese mismo año con el lema general del antifascismo. En España formaron parte de la Alianza Rafael Alberti, María Teresa León, Wenceslao Roces, Ramón J. Sender, César M. Arconada, Federico García Lorca, etcétera.

LA REVOLUCIÓN EN LOS TEXTOS: ALGUNOS VISITANTES

Ángel Pestaña (1886-1937): la visión de la CNT

Ya en el verano de 1920, cuando Rusia vivía su guerra civil, Ángel Pestaña llegaba a Moscú como representante de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) con el objeto de asistir al II Congreso de la Internacional Comunista, convocado para julio y agosto de ese año. A finales del año anterior, en el Congreso del Teatro de la Comedia de Madrid, la CNT había optado por incorporarse a la III Internacional, aunque no sin opiniones encontradas acerca de los acontecimientos y los postulados revolucionarios, que llegaban a España de manera confusa y contradictoria. En el *Informe de mi estancia en la URSS*, Pestaña hablaba únicamente del contenido de las sesiones del congreso y de sus impresiones acerca de este con el propósito de dar «cuenta de mi actuación y conducta», según dice, de manera que sean los sindicalistas de la CNT quienes juzguen políticamente los hechos referidos. Se trata, pues, de un escrito breve, en torno a cincuenta páginas, de carácter «tribunicio —en expresión de Andreu Navarra (2017: 69)—, más cercano a Cicerón que a Bakunin».

A su regreso de Rusia, Pestaña fue detenido en Italia y entregado a las autoridades españolas, que lo encarcelaron en Montjuic, de modo que su *Informe* no fue conocido hasta año y medio después de su estancia en Moscú. Su testimonio «hubiera podido cerrar el debate» en el seno de la CNT acerca de la Revolución rusa, en opinión de Avilés (1999: 220); sin embargo, Pestaña fue víctima, como otros dirigentes sindicales, de la sistemática represión aplicada entonces a la CNT, desmantelada en gran parte bajo el poder de Severiano Martínez Anido, gobernador civil de Barcelona, y Eduardo Dato, jefe del Gobierno. Así, ya en 1921 una nueva delegación de la CNT, integrada por Joaquín Maurín, Andreu Nin e Hilario Arlandis, se desplazaba a Rusia con el propósito de incorporar la organización anarcosindicalista a la Internacional Sindical Roja (ISR) en el marco del III Congreso de la Internacional Comunista. En aquel momento, otra delegación española, encabezada por Ramón Merino Gracia y otros dirigentes del recién creado Partido Comunista de España (PCE), acudía también a Rusia y era objeto de un trato preferente del aparato soviético con

respecto a los representantes de la CNT. Pero además asistieron varios líderes del PCOE, cuyos planteamientos lograron, a juicio de Avilés (1999: 226-228), la mejor consideración de las autoridades soviéticas, que apostaron, por otra parte, por la pronta unificación de los dos partidos comunistas.

Los jóvenes dirigentes de la CNT defendieron en el congreso la independencia de las fuerzas sindicales con respecto a los partidos comunistas, pero no lograron cambiar la opinión dominante, que refrendaba el papel director del PCE frente a las organizaciones sindicales en la estrategia revolucionaria. Los representantes españoles de la CNT aceptaron finalmente las resoluciones mayoritarias y se prestaron a defenderlas frente a sus compañeros de la organización sindical. Tras varios meses en los que diferentes órganos de expresión confederales sostuvieron posiciones encontradas al respecto, y al poco de conocer que las fuerzas sindicales de otros países postulaban la creación de una nueva internacional, finalmente se pudo debatir el controvertido asunto en la conferencia celebrada en Zaragoza en junio de 1922. A principios de ese año la revista *Nueva Senda* había publicado en forma de folleto el *Informe* de Pestaña. El de los delegados de 1921, favorable a la permanencia en la Internacional Sindical Roja (ISR), fue publicado en mayo de 1922 por *Lucha Social*, revista probolchevique que dirigía Joaquín Maurín en Lérida.

En la conferencia de Zaragoza tanto Pestaña como Salvador Seguí defendieron la retirada de la CNT de la ISR, dado que las diferencias tácticas e ideológicas entre la confederación y los bolcheviques eran, a su juicio, abismales. Arlandis, el único de los delegados de 1921 presente en la conferencia, defendió la posición contraria. Tanto él como sus compañeros de viaje recibieron aceradas críticas. Finalmente, por muy amplia mayoría se decidió abandonar la ISR e incorporarse a la nueva internacional sindical que estaba a punto de constituirse. No obstante, dado que la conferencia era un órgano de menor rango que el congreso de 1919 donde se había decidido la incorporación, se acordó que la decisión fuera respaldada posteriormente por un referéndum entre los diferentes sindicatos de la organización. Las condiciones de extrema dificultad que atravesaba entonces la CNT, en pleno periodo de terrorismo blanco, provocaron que el referéndum no llegara a celebrarse, por lo que la conferencia de Zaragoza significó propiamente la ruptura de la CNT con la ISR. Por otra parte, el entusiasmo inicial de los libertarios españoles en relación con la revolución de los sóviets había decaído ya por entonces considerablemente. El Partido Socialista Obrero Español (PSOE), por su parte, había manifestado su ruptura con Moscú poco antes, en el congreso de abril de 1921 (Avilés, 1999: 235-236).

Con todo, hay que concluir que el *Informe* de Pestaña con respecto a la nueva Rusia, a pesar de las accidentadas circunstancias en que fue conocido, mereció una aceptación casi unánime de la CNT. Más adelante, en 1924, el autor ampliaría sus impresiones en su libro *Setenta días en Rusia: lo que yo pienso*, donde en un formato cercano al relato de viajes ratificaría e incluso acentuaría su visión contraria a la Revolución soviética.

En su texto de 1920, Pestaña aclaraba desde un principio que se limitaría a informar fielmente de las sesiones del congreso, sin entrar en la situación política o social de Rusia, y así lo hizo, en efecto. Las sesiones resultaron tediosas para el anarquista español, dado que solo se contaba con una traductora para trasladar las intervenciones a cuatro lenguas distintas. Pestaña conocía el francés, pero a partir de una de las jornadas del congreso, en la que se incorporaron numerosos delegados británicos, ese idioma fue sustituido por el inglés. En cualquier caso, el autor expresaba una desmoralización creciente ante el transcurso del congreso porque sus opciones resultaban marginadas progresivamente y porque la dinámica del debate tendía a aislar las opiniones menos ortodoxas. De acuerdo con Pestaña, su primera intervención, que hubo de ajustarse a los diez minutos concedidos, mereció una respuesta de más de cuarenta y cinco del propio Trotski, y al día siguiente otra de media hora de Zinoviev.

Ciertamente, Pestaña atacó de manera condensada los fundamentos últimos de la versión de la Revolución Bolchevique que pregonaba el PCUS. Reconocía en un principio que la revolución había despertado las simpatías de la clase obrera de todo el mundo y precisamente por ello convenía evitar discusiones partidistas. Alegaba que, si era cierto lo que se había afirmado de que sin un Partido Comunista era imposible una revolución, ¿cómo se explicaban los procesos revolucionarios anteriores? Sostenía que una revolución no podía ser la obra de un partido: «Un partido no hace una revolución; un partido no va más allá de organizar un golpe de Estado, y un golpe de Estado no es una revolución». Añadía que una revolución era «un proceso evolutivo», «un producto natural que germina después de haber sembrado muchas ideas, regado el campo con la sangre de muchos mártires, arrancado las plantas malas a costa de inmensos sacrificios», y concluía: «Vosotros no hicisteis solos la revolución en Rusia; cooperasteis a que se hiciera y fuisteis más afortunados para lograr el poder» (Pestaña, s. a.: 35-36). Tras las intervenciones de réplica de Trotski y Zinoviev, Pestaña solicitó de nuevo la palabra, pero no se le concedió. Finalmente, el sindicalista concretaba en su *Informe* su discrepancia de modo sintético: «Las razones eran muchas, pero las más principales podían resumirse en dos: nuestra independencia frente a todos los partidos políticos, incluso los comunistas que pudieran constituirse en España, y nuestra actuación exclusivamente antipolítica» (*ibidem*, p. 47).

Ramón J. Sender (1901-1982): el entusiasmo de un compañero de viaje

Antes de la fundación de la revista *Octubre*, en el verano de 1933, Sender era prácticamente el único escritor español seguido por la revista de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios, *Literatura de la Revolución Mundial* (1931), y su continuación, *Literatura Internacional*, según pudo constatar hace años Enrique Montero (1977: xxxvi).

El acercamiento de Sender a las filas comunistas desde su militancia libertaria entre 1932 y 1933 no fue una transformación ideológica brusca: consistió en una

decantación gradual de orden estratégico, aunque también ideológico, conforme apreciaba que la acción revolucionaria de la CNT se materializaba en grandes sacrificios personales, incluso en el derramamiento frecuente de sangre, pero con escasas consecuencias en el avance de la lucha de la clase obrera. Por otra parte, en 1932 la Federación Anarquista Ibérica (FAI) logró el control de la organización sindicalista, lo que se tradujo en la expulsión de los sindicatos de Sabadell, de orientación trentista, y de destacados militantes afines a esta vertiente moderada del sindicalismo libertario, como Agustín Gibanel, Juan López o Ángel Pestaña. El propio Sender, que había iniciado su acercamiento militante al mundo libertario en 1929, tuvo que interrumpir la corresponsalía madrileña de *Solidaridad Obrera* en el verano de 1932 por no comulgar con los postulados faístas dominantes en el momento.

A propósito de un reportaje suyo publicado en *La Libertad* de Madrid sobre los sucesos de Casas Viejas (Cádiz) en enero de 1933, *Mundo Obrero*, órgano del PCE, declaraba que no había contado con ningún enviado especial para cubrir los hechos, pero que había seguido «día a día el reportaje del camarada anarquista Ramón J. Sender». Tres días después (30 de enero de 1933) el diario comunista publicaba una carta de respuesta del escritor en la que decía: «no soy anarquista, contra lo que cree MUNDO OBRERO. [...] El anarquismo es una posición sentimental o intelectual que se da en todos los sectores —en el burgués y en el aristocrático también— y que no tiene nada que ver con la lucha revolucionaria contra el capitalismo» (Véase Dueñas, 1994: 261-265).

La correspondencia entre el órgano comunista y el escritor continuó en los días siguientes. En ella Sender hacía público su alejamiento del anarcosindicalismo, circunstancia que ya había plasmado por otra parte de modo incipiente en su novela *Siete domingos rojos* (1932), pero los textos suponían también un caso paradigmático de las estrategias de captación de un intelectual ya de indudable prestigio por parte del PCE. Sender concluía en uno de estos escritos: «prácticamente estoy a vuestro lado». Las declaraciones fueron en seguida aprovechadas por el Partido para atraer completamente al escritor. Poco después el autor aragonés era invitado a la URSS con motivo de la Olimpiada de Teatro Revolucionario. El viaje de Sender tuvo lugar entre mayo y julio de 1933. Las crónicas aparecieron en el diario republicano *La Libertad* y después fueron recogidas en forma de libro —con modificaciones de estilo más que de fondo— como *Madrid – Moscú: notas de viaje, 1933-1934*, impreso por Juan Pueyo en 1934.

La obra ha sido reeditada por primera vez recientemente por la editorial Fórcola, con un clarificador prólogo de José-Carlos Mainer (2017). Como señala Mainer, los viajes de intelectuales españoles y europeos a la URSS supusieron entonces un verdadero ritual ideológico encaminado a constatar los términos en que se construía la «nueva humanidad». Fernando de los Ríos, Ángel Pestaña, Julio Álvarez del Vayo, Diego Hidalgo, Manuel Chaves Nogales, Rodolfo Llopis, Julián Zugazagoitia, César Vallejo, Rafael Alberti, José Bergamín, Josep Pla, Romain Rolland, André Gide, etcétera, dejaron por escrito sus correspondientes testimonios sobre la URSS.

Una de las singularidades del libro de Sender es que incluye varios capítulos sobre la Alemania nazi al poco de acceder Hitler al poder, y ello le permite establecer un sopesado contraste entre los dos sistemas políticos que polarizaban entonces la atención mundial: fascismo y socialismo. Como tantos otros en aquellos años, Sender había llegado a la literatura por el camino del periodismo. Sus primeras obras surgieron a mitad de camino entre la novela y el reportaje. La afilada y precisa escritura senderiana trataba de avivar las conciencias de sus lectores, y en la Europa de los años treinta parecía obligado elegir entre fascismo o comunismo. La tensión ideológica del momento dejaba poco espacio para posiciones intermedias.

El libro de Sender no es propiamente el más entusiasta con la Unión Soviética, aunque muestra en su conjunto una postura muy favorable, en la que no faltan frecuentes episodios de exaltación épica: «ahora, después de mi estancia en la Unión Soviética, vuelvo con la mayor fe en el triunfo completo y definitivo. Y no solo definitivo, sino inquebrantable». No obstante, el autor también manifestó desacuerdos de relevancia: por ejemplo, la disposición servil y pequeñoburguesa que percibía aún en muchos escritores rusos hacia Occidente o el hecho de que la Internacional Comunista tratara de imponer procesos revolucionarios en otros países sin respetar sus peculiaridades. Esta objeción era sin duda de calado. De hecho, tras su vuelta a Madrid, el delegado de la IC en España, el argentino Victorio Codovilla, y Vicente Uribe, del PCE, se entrevistaron con el escritor con el objeto de aclarar algunos términos que resultaban un tanto «extraños» o poco convincentes en sus declaraciones (Elorza, 1995). Según el testimonio de Codovilla, Sender defendió en esta conversación que la Internacional debía conceder mayor margen de actuación a los partidos de cada uno de los países y dijo que consideraba que, así como el proceder del PCUS le parecía intachable, no podía decir lo mismo de las actuaciones de la IC, que adolecía además —en su opinión— de falta de líderes. Codovilla y Uribe rebatieron punto por punto cada una de las discrepancias del escritor y supieron al final de la reunión que Sender se había entrevistado en París con algunos círculos trotskistas donde se había «difamado» a la URSS y se había hablado de la necesidad de organizar una IV Internacional Comunista. En el informe que Codovilla remitía a Moscú se aconsejaba investigar los contactos de Sender ya en la URSS por si ese encuentro de París, que el novelista calificaba como casual, hubiese sido planificado en el propio país de los sóviets. Finalmente, escribía Codovilla, «creemos que Sender debe ser cultivado y que llegaremos a ganarlo plenamente para el Partido». Consideraba además que el novelista podría resultar idóneo para crear «un movimiento puente' hacia el Partido» en los medios anarquistas (cit. por Elorza, 1995: 84).

Como bien sabemos hoy, Sender pasó de ser un compañero de viaje confiado y leal a sentirse seriamente perseguido por sus antiguos correligionarios. Quien ha estudiado con mayor detenimiento las circunstancias de la ruptura de Sender con el comunismo soviético es Donatella Pini (1994, 1995 y 2017), a cuyas indagaciones hay que añadir detalles de interés aportados por Jesús Vived (2002) en la misma línea que la profesora italiana. El escritor dejó constancia de sus desavenencias tácticas con

Enrique Lister en la batalla de Seseña (octubre de 1936) en *Contraataque* (1938). Lister respondió tiempo después en sus memorias, donde sostenía que Sender había sido degradado como militar en el cuartel del Quinto Regimiento de Madrid por huir del frente. La versión de Lister fue secundada por Vittorio Vidali, quien confesó haber sido el autor material de la degradación, y por otros miembros destacados del PCE. Lo cierto es que las obras del escritor dejaron de traducirse al ruso en 1938 y que desde entonces —según testimonios suyos desperdigados en sus escritos— se sintió aislado, perseguido y amenazado por los antiguos correligionarios de fe política. Tras minuciosas y exhaustivas indagaciones, Donatella Pini (1994: 97-101) concluía que la degradación militar de Sender había sido «un montaje» del PCE.

Por otra parte, este mismo proceso traumático de alejamiento del comunismo soviético fue común a bastantes otros intelectuales de su tiempo: André Malraux, Paul Nizan, John Dos Passos, Arthur Koestler, Ignazio Silone, George Orwell. En consecuencia, con razón afirmaba recientemente José-Carlos Mainer (2017: 25): «Hoy, lejos del lazareto en que se confinó a bastantes de sus protagonistas, el anti-comunismo intelectual se nos aparece como un humanismo de supervivencia que no siempre negaba todo su pasado, ni se entregaba en brazos de la reacción». Con respecto a Sender, conviene matizar que, si bien su comunismo fue sincero y ferviente, también es cierto que mantuvo en sus fundamentos teóricos buena parte de los resortes ideológicos de carácter populista y libertario de los que se había impregnado tempranamente: el reconocimiento de una pauta moral apuntada en el devenir de la propia naturaleza, la fe en la intuición y lo instintivo como modos de conocimiento más firmes que el pensamiento racional; la búsqueda de una *seguridad de origen* en las formas de vida de comunidades tradicionales, escasamente contaminadas por la *civilización*; etcétera. Y, si el escritor evolucionó ideológicamente a lo largo de los años —difícilmente habría podido ser de otra manera—, siempre mantuvo un núcleo ético presidido por el afán de justicia social y la defensa de los resortes más definitorios de la condición humana. De ningún modo fue en su madurez el recalitrante conservador que en ocasiones se ha querido retratar (véase Dueñas, 1994 y 2001).

André Gide (1869-1951): disidente de relevancia

Cuando Gide viajó a Rusia en 1936 con motivo de los funerales de Máximo Gorki, ya era un autor internacionalmente reconocido, y también polémico tanto por su modo de vida (en 1924 había manifestado expresamente su homosexualidad en *Corydon*, obra que se tradujo al español en 1929) como por sus afiladas críticas a la Iglesia católica (*Los sótanos del Vaticano*, 1914) y a la política francesa en África (*Viaje al Congo*, 1927). En 1947 fue distinguido con el Premio Nobel y poco después de su muerte la Iglesia católica incluyó sus obras en el *Índice* de libros prohibidos.

Cuando Gide llegó a la URSS era uno de los escritores de mayor renombre entre los que defendían el régimen soviético. Sus primeras manifestaciones de fe

comunista, expresadas al tiempo que defendía su catolicismo, datan de 1932. A principios de la década de los treinta fue, junto con Henri Barbusse y Romain Rolland, una de las grandes referencias literarias de Francia, y en cierto modo de Europa, de la defensa intelectual de la causa soviética. En el inicio de su *Regreso de la URSS* (2017; 1.^a ed., 1936) se manifestaba inequívocamente a favor de la nueva sociedad revolucionaria: «La suerte de la cultura está ligada en nuestras mentes al destino mismo de la URSS. La defenderemos» (*ibidem*, p. 16). En esos primeros momentos percibe que las calles de Moscú dan idea de la nivelación social conseguida por la revolución, de modo que la alegría de la nueva sociedad se manifiesta en todos los rostros.

Sin embargo, pronto empieza a incidir en aspectos negativos. En seguida observa que los alimentos «son repelentes», que no se acepta la discrepancia, que *Pravda* dicta cada mañana «lo que es oportuno saber, pensar, creer. ¡Y no es recomendable —dice Gide (*ibidem*, p. 40)— salirse de ahí!». En su opinión, cabe discutir asuntos menores, pero no la orientación política general de la URSS. Añade que a los homosexuales se les tilda de contrarrevolucionarios, se les deporta o se les exilia, y acepta que no existen clases (*ibidem*, p. 51), pero «hay pobres. Los hay en abundancia; en excesiva abundancia».

Lo largo del libro insiste una y otra vez en que no se admite ni la más mínima protesta, por lo que duda «que en ningún otro país hoy por hoy, ni siquiera en la Alemania de Hitler, exista espíritu menos libre, más doblegado, más temeroso (aterrorizado), más avasallado» (*ibidem*, p. 53). Así, por ejemplo, el escritor francés solicitó apoyo oficial a la España republicana, ya en guerra, pero de momento nadie se atrevía a opinar porque *Pravda* todavía no se había pronunciado al respecto. En definitiva, sobre la situación política y económica de la Unión Soviética afirmaba:

Dictadura del proletariado nos prometían. Nada más lejos de la realidad. Sí, dictadura, por supuesto; pero la de un hombre, no ya la de los proletarios unidos, de los sóviets. Es capital no dejarse ilusionar, y no hay más salida que reconocer muy claramente: no es eso lo que queríamos. Un poco más y hasta diremos: es exactamente esto lo que no queríamos. (*Ibidem*, p. 59)

Con respecto al arte, percibe Gide la misma dictadura, la misma falta de libertad, y, a su juicio, «La libertad es lo primero que debe y puede ofrecer al artista la revolución triunfante. Sin libertad, el arte pierde sentido y valor» (*ibidem*, p. 68). Por último, un atisbo de esperanza asoma en las páginas finales de la obra cuando la opinión del Kremlin se manifiesta públicamente a favor de la España republicana. Gide expresa de nuevo una corriente de solidaridad con la URSS cuando sabe que no solo apoyará la causa republicana, sino que contribuirá sustancialmente a ella:

La ayuda que la URSS acaba de proporcionar a España nos demuestra cuán capaz sigue siendo de aportar rectificaciones acertadas.

Aún nos queda por aprender de la URSS, y por asombrarnos. (*Ibidem*, p. 71)

Ciertamente, el libro provocó un enorme revuelo no solo en Francia, sino en el mundo occidental en general. Sus antiguos compañeros de fe revolucionaria

—Barbusse, Rolland— criticaron duramente a Gide. Y tanto fue así que el autor se vio impelido a continuar su obra mediante un nuevo opúsculo, *Retoques a mi Regreso de la URSS*, que apareció publicado poco después del anterior. Sin embargo, aquí Gide ahonda en las críticas a la Unión Soviética. Así, señala que en la nueva escala social los mejor situados «son los más serviles, los más cobardes, los más sumisos, los más viles», al tiempo que «Todos los que levantan cabeza son eliminados o deportados uno tras otro» (*ibidem*, p. 119). Y termina: «Pero no apartaremos de ti nuestras miradas, gloriosa y dolorosa Rusia. Si al principio nos servías de ejemplo, ahora, y desgraciadamente, nos enseñas en qué arenal puede naufragar una revolución» (*ibidem*, p. 150).

Evidentemente, antes de él otros escritores habían difundido visiones negativas de la URSS, pero, por la hondura de las críticas y por la relevancia del personaje, Gide suele considerarse como el primer gran disidente entre los intelectuales occidentales. Poco después, la guerra civil española sirvió de doloroso laboratorio donde el proceder del Ejército ruso, su afán de dominio sin límite, el empeño en trasladar a España las pugnas soviéticas, como la persecución implacable de anarquistas y trotskistas, incitó a otros autores a distanciarse definitivamente de la URSS.

OBRAS Y AUTORES FRENTE AL COMUNISMO SOVIÉTICO

No hace mucho que Ignacio Martínez de Pisón (2005) ilustró en un estudio muy documentado la desaparición del profesor, escritor, dibujante y traductor español José Robles Pazos ya en febrero de 1937, al tiempo que daba cuenta de la profunda desmoralización de su amigo John Dos Passos cuando supo finalmente que Robles había sido liquidado por orden de los jefes militares soviéticos.

Desde 1920 Robles Pazos vivía con su mujer y sus hijos en los Estados Unidos. Era profesor de Literatura de la Universidad John Hopkins. En el verano de 1936 disfrutaba de unas vacaciones en España cuando estalló la guerra. Robles optó por ayudar a la causa republicana y permanecer en España el tiempo que fuera necesario. Pronto ejerció como intérprete del general ruso Vladimir Gorev y, ya en Valencia, prestó sus servicios en el Ministerio de la Guerra y en la embajada soviética. Una noche fueron a buscarlo a su casa y ya no pudo regresar. La búsqueda posterior supuso un verdadero calvario para la familia y los amigos por la desinformación y los silencios con que se topaban una y otra vez. Entre quienes dieron la espalda entonces a la familia Robles, Martínez de Pisón (2005: 33) destaca a dos personajes, Wenceslao Roces y Rafael Alberti.

Uno de los amigos que más persistió en la búsqueda de José Robles fue el novelista americano John Dos Passos. Ambos se conocían desde hacía veinte años, cuando Dos Passos viajó a España por primera vez, en 1916. Desde entonces habían acrecentado su amistad y Robles había traducido varios de los libros del novelista. Durante la guerra, Dos Passos vino a España en varias ocasiones y no escatimó

esfuerzos en averiguar la suerte que había corrido José Robles. Al parecer, cuando Hemingway le informó de la muerte de Robles, acusado de espionaje, él ya lo sabía. Ni Dos Passos entonces ni Martínez de Pisón más tarde ni muchos otros que conocieron al personaje han creído esta versión. El motivo de la muerte de Robles Pazos que resulta más verosímil es que sabía demasiado (*ibidem*, pp. 77-78). No se olvide que ejerció como traductor del mismísimo jefe militar soviético en España, el general Gorev.

En España Dos Passos coincidió en varios momentos con Hemingway, con quien mantenía ya una amistad no exenta de distanciamientos, celos y dificultades. Tras confirmarse la muerte de José Robles los dos discutieron acerca de lo sucedido: para Hemingway se podía entender como un hecho aislado; Dos Passos no lo consideraba en absoluto de este modo y confesó que necesitaba poner en orden sus ideas pero que luego contaría la verdad de lo acaecido. «Si escribes sobre España tal como ahora la ves —le replicó Hemingway—, los críticos neoyorkinos acabarán contigo. Te hundirán para siempre». Recuerda Dos Passos —de quien recoge este episodio Martínez de Pisón— que Katy, su mujer, presencié la escena y dijo: «¡Nunca he oído nada tan despreciablemente oportunista!». Poco después, en el verano de 1937, Dos Passos publicaba, en efecto, en la prensa americana los primeros artículos en los que daba cuenta de su experiencia en España (*ibidem*, p. 127). Y pronto pudo comprobar que Hemingway acertaba con su cinismo. Recuerda Martínez de Pisón que desde entonces Dos Passos cayó en desgracia entre la crítica y la edición de su país, de modo que tardó unos veinte años, hasta 1956, en recuperar el prestigio literario perdido. Había viajado a Rusia en 1928 y, con algunas reticencias, había dejado por escrito sus simpatías hacia la nueva sociedad soviética. Tras la guerra de España se distanció del comunismo soviético; recuperó sus antiguas creencias libertarias y más tarde se adentró en una suerte de anticomunismo conservador. Por ello dice Martínez de Pisón (*ibidem*, p. 46) que Dos Passos y Sender, que se conocieron en España y mantuvieron después la relación a lo largo del tiempo, siguieron trayectorias ideológicas paralelas.

También George Orwell en Inglaterra se encontró con dificultades muy semejantes a las de Dos Passos cuando quiso divulgar lo que había vivido en la guerra de España. Michael Eade (2017: 153) recordaba recientemente que *Homenaje a Cataluña* fue publicado en abril de 1938 por una pequeña editorial londinense y que doce años después, cuando murió Orwell, a principios de 1950, se habían vendido menos de mil quinientos ejemplares: «La política revolucionaria de *Homenaje a Cataluña* no agradaba al gran público lector y la mayor parte de la izquierda interesada en la Guerra Civil detestaba las críticas de Orwell al Partido Comunista».

En 1952 salió la primera edición del libro en Estados Unidos, con una *rompedora* introducción de Lionel Trilling; sin embargo, no fue hasta finales de los años sesenta cuando la obra fue descubierta por una nueva generación, de talante anticapitalista pero también antiestalinista, a juicio de Eade (*ibidem*): «Las convulsiones mundiales de 1968 crearon un público masivo que finalmente supo apreciar tanto la celebración de la revolución de *Homenaje a Cataluña* como la rabia por la traición a esa revolución».

Precisamente uno de los prólogos que Orwell redactó para *Rebelión en la granja* se titula «La libertad de prensa» y fue escrito hacia 1944, cuando la II Guerra Mundial no había concluido y la URSS e Inglaterra combatían, por lo tanto, en el mismo bando. Dice ahí el autor que concibió su libro en 1937, a partir por lo tanto de sus experiencias en la guerra de España —Orwell no visitó nunca la URSS—, pero no lo escribió hasta 1943. Stalin había cambiado el pacto germano-soviético por la incorporación de la URSS a las fuerzas aliadas y la opinión pública inglesa evitaba a toda costa cualquier crítica al líder soviético y a la política de su país. En ese prólogo Orwell recuerda sin demasiado énfasis todas las dificultades con que se había encontrado para publicar su libro: rechazos ideológicos, otros por cuestiones de oportunidad, reticencias del Ministerio de Información inglés, etcétera. Pero lo más grave, a su juicio, era una especie de acuerdo tácito de la opinión pública inglesa para eludir o silenciar cualquier posible censura a la URSS, a pesar de la tradición liberal del país, dispuesto siempre a criticar las propias instituciones:

Si los editores se esfuerzan en no publicar libros sobre determinados asuntos, no es por miedo a ser procesados, sino por temor a la opinión pública. En este país la cobardía intelectual es el peor enemigo al que tiene que enfrentarse un escritor o periodista, y este hecho no parece haber recibido la atención que merece [...]. Cualquiera que desafíe la ortodoxia dominante se ve silenciado con una eficacia sorprendente [...]. Cualquier crítica sería del régimen soviético, cualquier revelación de algún hecho que el gobierno soviético preferiría mantener oculto es prácticamente impublicable. (Orwell, 2017: 8-9)

Para ilustrar su teoría, Orwell señalaba algunos ejemplos significativos: así, recordaba que la BBC había celebrado el vigesimoquinto aniversario del Ejército Rojo sin aludir a Trotski, «lo cual es tan exacto como conmemorar la batalla de Trafalgar sin citar a Nelson» (*ibidem*, p. 10); del mismo modo, en la guerra civil española la prensa británica de izquierdas había calumniado de manera despiadada a las facciones republicanas que los rusos habían decidido perseguir, «y no se publicó ningún artículo en su defensa, ni siquiera una carta» (*ibidem*, p. 11).

Con todo, en «La libertad de prensa», un texto que no fue conocido hasta 1972, Orwell pide honradez a la prensa y a la opinión pública inglesas y defiende el derecho a criticar desde la izquierda a la Unión Soviética: «Es importante darse cuenta de que la rusomanía actual es solo un síntoma del debilitamiento generalizado de la tradición liberal occidental» (*ibidem*, p. 17).

En el «Epílogo» a *Rebelión en la granja* que Christopher Hitchens (2017: 136) firma en 2010 recuerda que al final de la II Guerra Mundial las autoridades militares estadounidenses recogieron todos los ejemplares del libro que encontraron y se los entregaron al Ejército Rojo para que los quemara. No obstante, también señala que poco después el establecimiento de la hostilidad diplomática que se conoció como *guerra fría* entre Estados Unidos y la URSS condicionó en sentido contrario la difusión de la obra, de manera que cuando murió Orwell, en enero de 1950, el libro ya era conocido y celebrado tanto en algunos países eslavos como en los Estados Unidos, por lo que «había conseguido por fin una reputación internacional y había

tenido que desmarcarse en repetidas ocasiones del uso que la derecha estadounidense estaba haciendo de la obra» (*ibidem*, p. 137).

Aludíamos antes a Rafael Alberti a propósito de la desaparición de Robles Pazos y decíamos que —de acuerdo con las indagaciones de Martínez de Pisón (2005: 33)— había sido uno de los que volvieron la espalda a la familia del profesor y dibujante cuando indagaba acerca de su paradero. También citaba Martínez de Pisón un artículo de 1977 del escritor y pintor Eugenio Fernández Granell en que este reprochaba al poeta sus silencios ante los crímenes del estalinismo. Alberti (1987: 20) cuenta en sus memorias que en 1932 viajó por primera vez a la Unión Soviética, lo que fue para él «como realizar un viaje del fondo de la noche al centro de la luz». Recuerda también que al volver a España se encontró con un recibimiento distante y frío de sus amigos escritores y poetas, pródigos en «sonrisitas irónicas veladas» (*ibidem*, pp. 58-59). Y añadía, a modo de ejemplo, que Pedro Salinas le rechazó amablemente una colaboración porque no encajaba con el tono de la revista que dirigía, *Los Cuatro Vientos de la Poesía*. Alberti, por su parte, reaccionó escribiendo un poema titulado «Al volver y empezar» (1933), incluido en su libro *Un fantasma recorre Europa* (1933), del que, según decía pasados ya los ochenta años, no se arrepentía. El poema concluye así:

Llegué aquí,
volví
y vi cadáveres sentados,
cobardes en las mesas del café y del dinero,
cuerpos podridos en las sillas,
amigos preparados a recibir de balde el sueldo de la muerte de los otros.
Vine aquí y os escupo.
Otro mundo he ganado.

Por entonces escribió también su libro *Consignas* (1933), donde explicitaba su nuevo credo político mediante versos de carácter satírico y popular en los que defendía la política comunista de frente único y la toma de la tierra por parte de los campesinos desposeídos, exaltaba a la Unión Soviética y combatía el anarquismo, la Iglesia, etcétera. En julio de ese mismo año aparecía la revista *Octubre*, dirigida por él y por María Teresa León, como ya hemos señalado. El propio García Lorca, que en 1933 decía de Alberti que al volver de Rusia ya no escribía poesía, «sino mala literatura de periódico», salió dos años después en defensa de su nuevo rumbo poético: «Yo sé que es sincera su poesía actual. Aparte la admiración que siempre sentí por el poeta, ahora me inspira un gran respeto» (García, 2017: 51; Cruz, 1999: 70).

En cualquier caso, lo cierto es que Alberti, que vivió la Guerra Civil muy cerca de la cúpula comunista, que incluso salió al final de España en el selecto grupo de los acompañantes de Negrín para reunirse en Orán con Pasionaria y otros dirigentes (Alberti, 1987: 9-13), eludió siempre la menor crítica con respecto a los procedimientos aniquiladores del Ejército soviético en España o ante los crímenes estalinistas. Evidentemente, también en sus memorias evita estos incidentes al ocuparse de la contienda y opta por silenciar a quienes se habían alejado polémicamente del credo

comunista, como había sido el caso de Sender, cuyo nombre omite incluso en episodios difíciles de justificar, como cuando habla de los colaboradores de *Octubre* o enumera los principales miembros de la Alianza de Intelectuales Antifascistas.

Alberti representa, pues, en este caso, el reverso de las actitudes a las que aquí nos hemos referido al aludir a Dos Passos, Sender, Orwell, etcétera. Todavía a mediados de los años ochenta, cuando escribió el segundo tomo de las memorias que hemos citado, iniciaba el libro con el episodio del golpe del coronel Casado al final de la guerra, una secuencia que no podía faltar en el catecismo comunista de la Guerra Civil: Negrín y el Partido seguían dispuestos para el combate, pero el inesperado golpe de Casado en la defensa final de Madrid había dado al traste con cualquier posibilidad de resistencia. Recientemente escribía Muñoz Molina (2017: 15) que en las memorias de Alberti la contienda civil española «es un gran despliegue épico, un cartel de propaganda de estilo soviético». Y recuerda que fue un claro ejercicio de antifranquismo formarse la visión del pasado leyendo las memorias de Alberti o de Pablo Neruda: «además teníamos un recelo instintivo hacia cualquier otro testimonio que procediera del exterior del mundo comunista, y más aunque fuera crítico hacia él». Frente a ello, Muñoz Molina contrapone los testimonios de quienes desde posiciones de izquierda no cerraron los ojos ante los asesinatos, no pasaron por alto los crímenes cometidos al servicio —según se decía— de una causa justa, como Hannah Arendt, George Orwell, Simone Weil o, en el caso de España, Manuel Azaña, Julián Zugazogoitia, Arturo Barea, Manuel Chaves Nogales o Elena Fortún.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alberti, Rafael (1987), *La arboleda perdida (segunda parte)*, Barcelona, Seix Barral.
- Avilés Farré, Juan (1999), *La fe que vino de Rusia: la Revolución Bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva / UNED.
- Azaña, Manuel (1923), «¡Todavía el 98!», en *idem* (1930), *Plumas y palabras*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, pp. 251-273.
- Aznar Soler, Manuel (1987), *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (1937)*, vol. II: *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- Casanova, Julián (2017), *La venganza de los siervos: Rusia, 1917*, Barcelona, Crítica.
- Cruz, Rafael (1999), *El arte que inflama: la creación de una literatura política bolchevique en España. 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Dueñas Lorente, José Domingo (1994), *Ramón J. Sender. periodismo y compromiso (1924-1939)*, Huesca, IEA.
- (2001), «Ramón J. Sender: el escritor en su siglo», *Annales: anuario del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Barbastro*, XIV, pp. 11-28.
- Eaude, Michael (2017), «Alegría y rabia: revolución y revolución traicionada», en *Orwell toma café en Huesca*, Huesca, DPH, pp. 153-180.
- Elorza, Antonio (1995), «Ramón J. Sender, entre dos revoluciones (1932-1934)», en Juan Carlos Ara Torralba y Fermín Gil Encabo (eds.), *El lugar de Sender: actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, Huesca / Zaragoza, IEA / IFC, pp. 65-84.
- Gallas, Helga (1977), *Teoría marxista de la literatura*, México, Siglo XXI.

- García, Miguel Ángel (2017), «La lírica comunista que pudiera venir de Rusia: Rafael Alberti (1930-1939)», en Antonio Gómez L-Quiñones y Ulrich Winter (eds.), *Cruzar la línea roja: hacia una arqueología del imaginario comunista ibérico (1930-2017)*, Madrid, Iberoamericana, pp. 45-70.
- Gide, André (2017), *Regreso de la URSS, seguido de Retoques a mi regreso de la URSS*, trad. de Carmen Claudín, Madrid, Alianza (1.ª ed. de *Regreso de la URSS*, Buenos Aires, Sur, [1936]).
- Hitchens, Christopher (2017), «Epílogo» a George Orwell, *Rebelión en la granja*, Barcelona, Penguin Random House, pp. 129-140.
- Hobsbawm, Eric (1995), *Historia del siglo XX*, Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- Mainer Baqué, José-Carlos (2017), «Años treinta: Sender en la Unión Soviética», prólogo a Ramón J. Sender (1934), *Carta de Moscú sobre el amor (a una muchacha española)*, Madrid, Impr. Juan Pueyo, pp. 5-29.
- Martínez de Pisón, Ignacio (2005), *Enterrar a los muertos*, Barcelona, Seix Barral.
- Milosevich, Mira (2017), «El éxito temporal de un gran fracaso histórico», *Claves de Razón Práctica*, 254, pp. 28-35.
- Montero, Enrique (1977), «Octubre: revelación de una revista mítica», prólogo a *Octubre*. Madrid, Turner, pp. IX-XXXVI.
- Muñoz Molina, Antonio (2017), «La vocación de Arturo Barea», en *Arturo Barea: la ventana inglesa*, Madrid, Instituto Cervantes / Iberdrola, pp. 13-19.
- Navarra, Andreu (2016), *El espejo blanco: viajeros españoles en la URSS*, Madrid, Fórcola.
- Orwell, George (2017), *Rebelión en la granja*, pról. («La libertad de prensa») de George Orwell, epíl. de Christopher Hitchens, Barcelona, Penguin Random House (1.ª ed. de *Animal Farm*, Londres, Secker and Warburg, 1945).
- Pestaña, Ángel (s. a.), *Informe de mi estancia en la URSS*, Madrid, ZYX.
- Pini, Donatella (1994), *Ramón José Sender tra la guerra e l'esilio*, Alessandria, Edizioni dell'Orso.
- (1995), «La participación de Sender en la guerra de España: evidencias y dudas», en Juan Carlos Ara Torralba y Fermín Gil Encabo (eds.), *El lugar de Sender: actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 3-7 de abril de 1995)*, Huesca / Zaragoza, IEA / IFC, pp. 235-252.
- (2017), «Sobre Sender en Moscú», *Andalán*, 12 de diciembre de 2017 <www.andalan.es/?p=14049>.
- Sender, Ramón J. (1934), *Carta de Moscú sobre el amor (a una muchacha española)*, Madrid, Impr. Juan Pueyo.
- (2017), *Madrid – Moscú: notas de viaje, 1933-1934*, pról. de José-Carlos Mainer Baqué, Madrid, Fórcola (1.ª ed., Madrid, Impr. Juan Pueyo, 1934).
- Tuñón de Lara, Manuel (1982), *Medio siglo de cultura española: 1885-1936*, Barcelona, Bruguera (1.ª ed., Madrid, Tecnos, 1970).
- Vived Mairal, Jesús (2002), *Ramón J. Sender: biografía*, Madrid, Páginas de Espuma.